

chándola con sangre de millares de víctimas y lanzando innumerables cabezas al terror, como arrojan sus vestidos los caminantes perseguidos para escapar al furor de las fieras. La Convencion dió al pueblo el espectáculo cotidiano de la muerte en la plaza pública, empezando por un degüello de tres mil prisioneros sin sentencia jurídica precedente en los dias de setiembre; horrible San Bartolomé que acusa su pánico espanto. Por último, la feroz asamblea acabó por un degüello general el 9 de termidor, y su sola institucion fué el cadalso en permanencia, sin que ningun miembro del sangriento cuerpo poseyese el valor suficiente para derribar la insaciable guillotina, cuyo juego se prolongaba aun cuando sus motores yacian decapitados y hacinadas en el cesto sus cabezas, y deteniéndose tan solo los verdugos cuando cesó de haber víctimas en el terrible chirrion. Tal es la lúgubre verdad sobre la época tan aciaga. ¿Qué influencia podia tener semejante cuerpo en literatura y lengua francesa? La influencia de un quinto acto de una tragedia en que ve chorrear la sangre un auditorio, cuyo aliento suspenden la lástima, el horror, el clamoreo de un coro sanguinario, el rugir de los verdugos, el grito prolongado é incesante de las víctimas. Tal fué el efecto que le incumbió, y en vez de una lengua solo resonó el hipo convulsivo y los sollozos entrecortados de la agonía: *Vox faucibus hæres!* Mientras mas interés inspira la época revolucionaria, mayor horror debe causar la Convencion.

XX

Dos hombres tan solo conservaron hasta el último aliento, en este matadero humano, acentos de una elocuencia trágica y aun literaria proporcionada á las escenas terribles que presenciaban: tales fueron Danton y Vergniaud; Danton, el solo hombre de estado de la Convencion, si no hubiese cubierto de eterno oprobio su genio empapándolo en la sangre vertida en los aciagos dias de setiembre, y por la institucion del tribunal revolucionario, cuya cuchilla afilada por su misma mano cercenó su propia cabeza; pero grande á lo menos por su remordimiento, grande por sus estámpidos de humano rayo y relámpagos de inspiracion patriótica, grande por sus frustos excesos de estilo que le constituyen acreedor al dictado de Miguel-Angel del pueblo, mellando el mármol pero esculpiendo con vigoroso cincel la fisonomía.

El segundo es Vergniaud.

Vergniaud el mas sublime lírico de elocuencia, que llegó á profetizar su propia muerte y la de sus enemigos, en una tribuna cuya base regaba la sangre humeante; patética encarnacion de la piedad, de la justicia, de la moderacion, de los remordimientos, de la deprecacion á un pueblo encantado pero sordo; canto de cisne de la literatura y de la elocuencia fran-

cesas expirantes; orador constituido para hablar en presencia de la muerte y bajo cuyos piés no puede suponer la imaginacion mas tribuna que el cadalso. La Europa escucha aun arrebatada á la vez y estremecida esa voz que resonaba tierna como el saludo de los gladiadores : *Morituri te salutant*.

Despues de la muerte de Danton y Vergniaud, nada se oyó, nada fué escuchado, salvo algunas palabras de ironia y laconismo que resonaban de cuando en cuando, como la de Lanjuinais dirigiéndose al carnicero Legendre: « Antes de inmolarme manda decretar que soy un buey; » ó el apóstrofe con resabios de antigüedad del mismo orador á la misma Asamblea asesina que lo cubria de ultrages antes de herirlo : « Cuando los antiguos habian escogido una ofrenda para el sacrificio, la ornaban de listones y la cubrian con flores antes de inmolarla; y vosotros peores que los sacrificadores paganos, cubris de insultos y arrastrais por el lodo á vuestras víctimas, antes de derribarlas sin vida. »

XXI

Al ver á la Francia frenética y postrada por el furor de Orestes, degollar á su rey inocente, á su reina extranjera, á sus oradores, á sus filósofos, á sus poetas, á sus hijos, á sus ancianos y hasta á sus vírgenes arrastradas en grupo al cadalso como para componer á la muerte ramilletes de cadáveres, la

Europa tan apasionada bajo la primera asamblea por nuestra filosofía, nuestra lengua y nuestra revolucion, no pudo menos de apartar la cabeza y retirar su interés de una causa tan bella pero tan profanada, creyendo que la vehemencia avasallaba á la nacion entera, por la cual concibió compasion y últimamente horror, repudiando de su corazon la lengua, las ideas, la literatura de un pueblo cuyo gobierno tenia por primer ministro al verdugo.

No obstante esta tragedia, por su naturaleza patética, ejercia en el corazon humano el interés palpitante y apasionado que imprime en el alma los combates del circo, los crímenes nefandos, no menos que las virtudes sublimes, en la escena en que representan los pueblos los dramas de Dios. La Francia era la trágica en accion del mundo moderno, cuyo juego hacia palpitar y estremecer pero al mismo tiempo fijaba los ojos; juego que por sus convulsiones no menos que por sus proezas se fijaba en la imaginacion encadenada de la Europa, pues hay una fascinacion en las calamidades mismas del pueblo cuando exceden éstas los límites ordinarios del crimen y llegan á proporciones imprevistas de la perversidad execrable. Las proscripciones de Sila y Mario son atroces, pero estas mismas proscripciones forman parte integrante de la historia romana é impelen á la memoria á abrigar eternamente en su seno á la trágica del mundo antiguo. Tal sucedió con la Francia durante la Convencion, que durante quince meses heló la sangre en las

venas del orbe terrificado, imposibilitando al mismo tiempo á la Europa de apartar la vista del espectáculo sangriento representado por nuestra nacion.

XXII

¿ Pero se puede alabar humana y concienzudamente á una Asamblea que gobernaba con la cuchilla, como si la muerte fuese un gobierno? ¿ Es posible siquiera excusarla alegando la pretendida necesidad de perpetrar delitos en alta política? Al contrario el crimen es lo inverso de toda política, pues esta es la moral divina aplicada por la gran conciencia de los hombres de estado al gobierno de las naciones; y el crimen es la inmoralidad humana cooperando, efecto de la impotencia ó de la perversidad, al triunfo del fanatismo. El crimen es el sofisma de la política cuya verdad es la moral. Los Maquiavelos, los Robespierre, los Danton no pasan de ánimos incautos y engañados, que hicieron sudar á su imaginacion para enterrar en el crimen lo que plugo á Dios ocultar en la conciencia y en la virtud. La suprema habilidad política es la suprema inocencia, axioma que hace asomar la risa en los labios de los hombres de estado y que la historia acabará por enseñarles.

XXIII

No ha faltado quien haya declarado inocentes y aun glorificado á los miembros de la Convencion por haber seguido como un vil rebaño á los proscriptores, y haber inscrito con ojos cerrados sus firmas arrancadas por la confianza ó la complacencia en la lista de proscripciones que decimaban todas las mañanas á la vejez y á la juventud, á la infancia, la imbecilidad, la dolencia; víctimas hacinadas al acaso en ambos bandos revolucionario y contra-revolucionario.

Por mi parte confieso que mi razon ha protestado siempre contra esa amnistía en masa con que á manera de manto cubren muchas personas, no á los proscritos sino á los proscritores. « Una de dos cosas, me he dicho siempre á mí mismo : ó esos miembros en masa de la Convencion que complacientes firmaban las sentencias de muerte de tantos millares de inocentes, eran en lo íntimo de su corazon cómplices de las proscripciones, y entonces merecen ser reputados tan criminales como la misma comision desalmada; ó bien estos hombres no se asociaban en lo íntimo de su corazon á tales inmoluciones en masa, y en este caso eran jueces prevaricadores, legisladores cobardes, pues concedian millares de cabezas á los proscritores, temerosos de exponer

las tuyas, emitiendo un sí mediante la firma ó el silencio, cuando su conciencia les decia no. »

Cómplice del degüello ó de complacencia servil, tal es el dilema de que no podrá escapar la Convencion, hasta que sobre Asamblea tan trágica emita su fallo una posteridad que aun no existe, pues aun en nuestros dias, la conciencia de la Francia se halla intimidada, ó muda, ó captada; pero el tiempo despegará sus labios.

XXIV

Los políticos acerbos de 1848 nos vituperan por haber abolido la pena de muerte en materia política, temerosos de que acudiese á la mente del pueblo imitar el encono sanguinario de la Convencion, de la cual queríamos separar á la nueva república por un abismo de magnanimidad. Al adoptar semejante medida, dicen nuestros adversarios, hemos enervado á la democracia y obligado al pueblo á repudiar su sola fuerza, el terror, tranquilizando y aun fomentando de antemano por la impunidad la reaccion de sus enemigos. ¡ Ah ! recriminacion semejante la aceptamos con ufania, y al tiempo apelamos para que pronuncie entre nuestros acusadores y nosotros. Si para la Francia volviese á sonar la hora de la democracia, (¿y qué hora no vuelve á sonar en el cuadrante movil de una nacion, en que

las horas son minutos ?) podremos convencernos, ó podrán convencerse nuestros descendientes, de cuantas sombras sangrientas abrigan los acontecimientos nefastos de la Convencion despues de sesenta años, acontecimientos cuya memoria pesa sobre la imaginacion de la Francia y el nombre de la república; en términos de que la menor semejanza con época tan desastrosa haria huir al instante á nuestra nacion bajo el sable, temerosa de la cuchilla; pudiendo al mismo tiempo cerciorarse de cuantas repúblicas desarmadas, inocentes, magnánimas, víctimas de su inocencia misma, son necesarias para domesticar con la libertad á un pueblo que tuvo la desgracia de llamar una vez en su ayuda al terror.

Así sin temor ni hesitacion aplazamos á los que afean nuestro modo de proceder en la citada época, á las pruebas y fallo de las democracias venideras, y sin vacilar les diremos que nuestra conducta en aquel entónces seria mil veces la misma, si mil veces nos viésemos en las mismas circunstancias. El mayor peligro de que debe recelarse la república, no reside en su institucion sino en su mismo nombre; y el miedo que inspiraba este nombre antes de 1848, debe atribuirse exclusivamente á la Convencion, pues si es fácil amedrentar al mundo con el terror, solo es posible gobernarlo con la justicia y magnanimidad.

XXV

Después de época tan aciaga, cesó toda literatura en Francia, lo cual no es de extrañar si se considera que la proscripción ó la muerte había acabado con todos los poetas ó escritores, é imposibilitado totalmente ese lujo de la inteligencia llamado literatura, que exige tanta sangre fría, ocios tan amenos y atención tan sostenida en los ánimos.

No obstante, de cuando en cuando resonaban en las cárceles algunos cantos de cisne, algunas quejas melódicas que, semejantes á esas brisas nocturnas que atraviesan los tejos y cipreses del cementerio, dieron á la lengua poética y aun á la prosa francesa que siguió á la revolución, las primeras notas de esa melancolía trágica desconocida á nuestra lengua; cuerda nueva, cuerda empapada de sangre y llanto que parecía añadir la muerte á la moderna lira, semejante á esas lloronas que en el Oriente acostumbran seguir el ataúd hasta las orillas del mar, detras de los olivos y cipreses que decoran el campo funeral. No obstante notábase un elemento grave, varonil y heroico que al paso que deploraba la propia muerte, insultaba animosamente á los verdugos. Entre estas lamentaciones que al sepulcro preceden, descuellan por la nobleza patética las de Andrés Chenier, Orfeo republicano del Bósforo,

despedazado á causa de su moderacion, por las mugeres tracias del Terror.

Escuchemos las últimas ironias del republicano moribundo, asesinado por los demagogos de la Convencion.

CARCEL DE SAN LAZARO.

« Cuando la lóbrega caverna abre el carnicero al cordero que bala, ni los perros, ni las reses, ni cuanto el aprisco respira se informa de la suerte de la pobre víctima.

« Los niños que seguian en el llano al travieso inocente, las vírgenes de florido rostro que, acariciándolo á portía, entrelazaban sus cintas y flores en el cándido vellon, sin pensar en su suerte, lo comen y saborean si tierna encuentran su carne.

« Tal es la suerte que me reserva el hado, á mí pobre víctima; suerte que hubiera debido preveer. Pero acostumbrémonos al olvido.

« Olvidados como yo en esta horrorosa guarida, é igualmente colgados á los sangrientos ganchos, mil otras reses serán servidas al pueblo-rey.

« ¿Qué podian hacer mis amigos? Sí, su querida mano, al dejar pasar una palabra al través de estas rejas, ha vertido un bálsamo en mi alma marchita, al mismo tiempo que el oro tal vez á mis verdugos.....

« Pero todo es precipicio: derecho tuvieron de vivir, Vivid, vivid pues, amigos contentos, y en des-

pecho de Bavo no os deis prisa en seguirme. Tal vez en tiempos mas felices aparté yo mismo mis distraídos ojos de la desgracia. Actualmente la misma suerte me cabe, y mi desgracia importuna. Vivid, amigos, vivid en paz ' . »

1 PRISON DE SAINT-LAZARE.

Quand au mouton bélant la sombre boucherie
Ouvre ses cavernes de mort,
Pauvres chiens et moutons, toute la bergerie
Ne s'informe plus de son sort.

Les enfants qui suivaient ses ébats dans la plaine,
Les vierges aux belles couleurs
Qui le baisaient en foule, et sur sa blanche laine
Entrelaçaient rubans et fleurs,

Sans plus penser à lui, le mangent s'il est tendre.
Dans cet abîme enseveli
J'ai le même destin, Je m'y devais attendre.
Accoutumons-nous à l'oubli.

Oubliés comme moi dans cet affreux repaire,
Mille autres moutons, comme moi
Pendus aux crocs sanglants du charnier populaire,
Seront servis au peuple-roi.

Que pouvaient mes amis? Oui, de leur main chérie
Un mot, à travers ces barreaux,
A versé quelque baume en mon âme flétrie;
De l'or peut-être à mes bourreaux....

Mais tout est précipice. Ils ont eu droit de vivre.
Vivez, amis; vivez contents
En dépit de Bavo, soyez lents à me suivre;
Peut-être, en de plus heureux temps

J'ai moi-même, à l'aspect des pleurs de l'infortune,
Détourné mes regards distraits;
A mon tour aujourd'hui mon malheur importune.
Vivez, amis; vivez en paix.

Tal es la santa cólera del poeta moribundo, resignado á la estúpida ferocidad de los hombres.

Ahora no podemos menos de insertar algunas estrofas de su última elegia, escrita en la víspera de su suplicio, para deplorar la próxima catástrofe de M^{me} Coigny, su compañera de cautiverio; poesía sollozante que dió el tono de la elegia moderna á Bernardino de Saint-Pierre, M^{ma} Staël, Chateaubriand, y tal vez á mí mismo sin que yo lo notase, pues la tristeza, don póstumo hallado en los sepulcros, forma en el dia parte integrante de nuestro idioma actual.

LA JOVEN CAUTIVA.

San Lázaro.

« Respetada de la guadaña, amarillea la naciente espiga; sin temor del lagar, bebe el pámpano durante el verano entero las dulces lágrimas de la aurora, y yo no menos bella y no menos jóven, aun no quiero morir, por mas congoja y quebranto que me acarree la hora presente.

« Aridos ojos vuelva el estóico al encuentro de la muerte. Por mi parte espero con el llanto en los ojos; y al soplo del aquilon horrendo, mi cabeza alternativamente se levanta y se abaja. Si hay dias amargos en la vida, ¡cuán dulces trascurren otros! ¡Ay! ¿Hubo miel que no dejase en pos la saciedad, ó mar que no azotase la tormenta?

« La fecunda ilusion habita en mi seno, y en vano

pesan afanosas las paredes de una cárcel en quien posee las alas de la esperanza. Escapada de las redes del pajarero cruel, mas viva, mas dichosa hiende cantando Filomela las campiñas celestes.

« ¿Me toca acaso morir? Tranquila duermo y tranquila velo, sin que agovie el roedor remordimiento mi sueño ó vigilia. Todos los ojos acogen risueños mi despuntar al día, y mi aspecto en estos lugares casi reanima el júbilo en las frentes abatidas.

« ¡Aun dista tanto de su fin mi viage ameno! Apenas han dejado atrás mis pasos los primeros olmos que lindan el camino. En el banquete de la vida comenzado apenas, un solo instante han tocado mis labios la copa llena aun en mis manos.

« Estoy en la primavera, y deseosa de ver la cosecha, quiero como el sol acabar mi año de estacion en estacion. Brillante en mi tallo y honor del jardin, solo he visto fulgurar los primeros albores matutinos, y deseo concluir el día.

« ¡O muerte! aun puedes aguardar; aléjate, aléjate; ve á consolar los corazones carcomidos por la vergüenza, el espanto, la pálida desesperacion: que para mí guarda todavía Pales verdes asilos, besos el amor, concierto las Musas. No, no quiero aun morir.

« Así, á pesar de mi triste cautiverio, se despertaba mi lira, escuchando estas querellas, esta voz, estos votos de una jóven cautiva; y sacudiendo el yugo de mis lánguidos días, plegaba los acentos de su amable é ingénua boca á las dulces leyes de los versos.

« Estos cantos, armoniosos testigos de mi cárcel, inducirán á algun amante entregado á los ocios del estudio, á indagar quien fué esta beldad, cuya frente y discursos condecoraba la gracia, y del mismo modo temerán ver fenecer su vida los que la pasaban á su lado. »

LA JEUNE CAPTIVE.

Saint-Lazare.

¹ — « L'épi naissant mûrit de la faux respecté,
Saus crainte du pressoir, le pampre tout pété
Boit les doux présents de l'aurore;
Et moi, comme lui belle, et jeune comme lui,
Quoique l'heure présente ait de trouble et d'ennui,
Je ne veux pas mourir encore.

Qu'un stoïque aux yeux secs vole embrasser la mort,
Moi je pleure et j'espère; au noir souffle du nord
Je plie et relève ma tête.

S'il est des jours amers, il en est de si doux!
Hélas! quel miel jamais n'a laissé de dégoûts?
Quelle mer n'a point de tempête?

L'illusion féconde habite dans mon sein,
D'une prison sur moi les murs pèsent en vain,
J'ai les ailes de l'espérance:
Échappée aux réseaux de l'oiseleur cruel,
Plus vive, plus heureuse, aux campagnes du ciel
Philomèle chante et s'élançe.

Est-ce à moi de mourir? Tranquille je m'endors,
Et tranquille je veille; et ma veille aux remords
Ni mon sommeil ne sont en proie.

Ma bienvenue au jour me rit dans tous les yeux,
Sur des fronts abattus, mon aspect dans ces lieux
Ranime presque de la joie.

Mon beau voyage encore est si loin de sa fin!
Je pars, et des ormeaux qui bordent le chemin
J'ai passé les premiers à peine.